

El paradigma indicial, la noción de construcción y la búsqueda de una prueba tomando como objeto de análisis las monografías de Freud “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci” y “El delirio y los sueños en la ‘Gradiva’ de W. De Jensen.”

The paradigm based on marks, the notion of construction and a proof's search considering as object of analysis the Freud's papers “An infantile memory of Leonardo da Vinci” and “The delirium and the dreams in W. Jensen's “Gradiva”

*Amanda Garma* \*

**Resumen:** El objetivo de este artículo consiste en examinar qué podría ser considerado como prueba en el ámbito de las Ciencias Sociales. Con este propósito, se han considerado, como, ejemplos, dos análisis de Freud en “Un recuerdo infantil e Leonard da Vinci” y en “El delirio y los sueños en la ‘Gradiva’ de Jensen” subrayando las nociones de abducción introducida por Ch. Peirce y la de paradigma indicial elaborada por C. Guinzburg aplicable al área de la Ciencias Sociales. Este último procedimiento consiste en descifrar enigmas utilizando ciertos indicios. La racionalidad de Freud se basa en una inferencia que ha sido descripta por primera vez por Peirce, tal como ya se señaló, llamada “abducción”. La abducción se basa en un hecho singular, que aparece como un enigma, como algo que carece de explicación: el o la observador /a elabora una hipótesis, es decir, le da realidad a una idea preguntándose si es demostrable.

**Palavras-chave:** Indicios, abducción, prueba, construcción, psicoanálisis del arte

**Abstract:** The purpose of this article is to test what could be considered as a proof in the kingdom of Social Sciences. With this intention, it has been considered, as an example, two analysis of Freud in “ An Infantile Remind of Leonardo Da Vinci” and in “The Delirium and the Dreams in the ‘Gradiva’ by Jensen” remarking the notion of abduction introduced by Ch. Peirce and the notion of the paradigm based in marks introduced by C. Guinzburg in the reign of Social Sciences. This last proceeding consists in deciphering riddles using certain marks. Freud's rationality is based in inferential abduction which has been described for the first time by Peirce and, as it has been remarked, called “abduction”. The abduction is based in a singular fact, that sometimes appears as a riddle, as something that has no explanation : the observer creates an hypothesis, i.e., gives reality to an idea asking himself or herself if it is demonstrable

**Key words:** Marks, abduction, proof, construction, art's pschoanalysis

---

\*Universidad de Buenos Aires (Argentina)

Según Carlo Guinzburg, hacia fines del siglo XIX surgió en el ámbito de las ciencias humanas un modelo epistemológico al que no se le ha prestado suficiente atención.

Dice Guinzburg que en el siglo XIX Giovanni Morelli escribió artículos donde señalaba que para descubrir la autenticidad de un cuadro hay que basarse en los detalles menos notorios. Advierte, además, que hay una analogía entre el método de Morelli, el de Homes y el de Freud. En los tres casos se trata de vestigios, indicios que nos permiten captar una realidad más profunda, de otro modo irrefrenable (Guinzburg, 1989: 134-144). Dentro de esa lógica guiada por la imaginación están también los cuentos policiales de Poe. Poe es el creador de la lógica de la detección del tipo de razonamiento que debe ser empleado para resolver el enigma de un crimen. En “El doble crimen de la calle Morgue” aparece por primera vez Dupin, el arquetipo del investigador policial. Dupin sabe que para obtener el éxito el detective debe tomar prestado un principio de acción que le es ajeno, un principio que está en la lógica criminal. Cuando el detective falla en su investigación suele ser porque el misterio sea demasiado sencillo, como le ocurre al prefecto de policía en “La carta robada”. El prefecto se queja de que el misterio sea simple y singular y que, pese a ello, confunda a todos. Dupin replica que precisamente es la simplicidad lo que lo desconcierta. El prefecto y su cohorte de investigadores se ven frustrados en la investigación. Dupin explica el fracaso atribuyéndolo a dos razones; la primera: los investigadores no han sabido identificarse con el criminal, segunda: no han medido la inteligencia con la que se encuentran empeñados en lucha. Los involucrados en esa investigación, dice Dupin, “consideran *únicamente* sus *propias* ideas de ingeniosidad; y buscando cualquier cosa oculta, tienen en cuenta los medios con que ellos la habrían escondido”. Y seguidamente añade que tienen mucha razón en esto: “que su propia ingeniosidad es una fiel representación del carácter de la de las *masas*; pero cuando la astucia del reo es diversa en carácter de la de ellos, el reo escapa”. Y eso sucede “siempre que esa astucia está por arriba de la de ellos, y muy habitualmente, cuando está por abajo”. (Poe<sub>(a)</sub>, 1966: 193)

Como bien observa Eco, (1989) en las novelas y cuentos policiales el detective *imagina* la solución y la dice como si fuera la verdad, y seguidamente Watson, el asesino presente o algún otro, verifican la hipótesis, si el detective ha reconstruido correctamente la sucesión e los hechos y de las leyes que los rigen. Pero para que eso se cumpla es necesario, enfatiza Eco, “tener una profunda concepción spinoziana de que “el orden y conexión de

las cosas es igual al orden y conexión de las ideas”. El narrador policial construye un relato en el cual el orden y conexión de las cosas están determinados por el orden y conexión de las ideas del criminal. Para que el detective, llámese August Dupin o Sherlock Holmes, pueda alcanzar la solución, deberá “tomar prestado” su pensamiento. De modo que la clave del descubrimiento es, pues, la identificación con el intelecto contrario (Gutiérrez, 2001: 36-38). Ricardo Piglia afirma que esa identificación hace que el detective esté siempre al borde de la psicosis. (Piglia, 1990)

En “la Muerte y la brújula” de Borges hallamos una trama urdida por una mente macabra que le tiende una trampa a otra. El detective Eric Lönnrot cree poder revelar el misterio de la periódica serie de hechos de sangre que culminan en la quinta de Triste-le Roy. Su “temeraria perspicacia” le permite prever el último asesinato, pero no impedirlo. El que gana la partida es el criminal quien se identifica con la mente de su perseguidor para engañarlo. Schlarlach, el criminal, le proporciona los indicios suficientes para que Lönnrot imagine que los crímenes son cuatro. Le ofrece datos que confirmen sus conjeturas; es decir, le crea un simulacro verosímil de la realidad. Y como Lönnrot posee una mente inclinada a razonar excesivamente, cae en la trampa, pues el exceso, como escribió Poe, es la causa del error ya que “la verdad no siempre está en un pozo”, y en lo concerniente a la detección policial suele ocurrir que se encuentre en la superficie. “Una profundidad exagerada debilita el pensamiento, haciéndolo vacilar” (Poe(b)) 1966: 137-138). La verdad es más simple que la hipótesis. El adusto razonador, Eric Lönnrot, discípulo de Baruch Spinoza paga con su irremediable muerte el triste tributo de su exceso de razón, tan fatídico como su defecto.

La operación de “tomar prestado” el pensamiento de otro supone un acto imaginario. Pero aquí se trata de la imaginación lógica. Esa imaginación, que debe distinguirse de la imaginación sensible, es el tipo de razonamiento que Peirce llamó “abducción” La abducción es un tipo de razonamiento, ni deductivo ni inductivo, que tiene características “intuitivas”, de apuesta que se pone a prueba “La deducción prueba que algo *debe* ser; la inducción muestra que algo es *realmente* operativo; la abducción se limita a sugerir que algo *puede* ser” (Peirce, 5: 171). La prueba o verificación consiste en que el mundo real corresponda al mundo de la imaginación del detective, y confirme su hipótesis. Peirce definió la abducción como una presunción que explica el hecho observado. La abducción se basa en un hecho singular, que a veces se presenta como un enigma, como algo

inexplicable: el observador postula entonces una hipótesis, es decir, da realidad a una idea preguntándose si es demostrable. Frente a un caso misterioso, la abducción puede describirse así: “ $x$  es extraordinario; sin embargo, si y fuera cierto,  $x$  ya no sería extraordinario; por lo tanto  $x$  es posiblemente cierto” (Peirce, 1988: 226). En palabras de Holmes “Es una vieja máxima mía que una vez excluido lo imposible, lo que queda, por improbable que resulte, tiene que ser la verdad.” (Bery). La abducción sugiere que algo *puede ser* y no que debe ser. Es, de acuerdo con Peirce, la única operación del pensamiento que introduce una idea nueva. Agrega Peirce que “la *presunción*, o más precisamente, la *abducción* proporciona al observador la teoría problemática que la inducción verifica. Al encontrarse ante un fenómeno distinto en las circunstancias dadas, examina sus características y advierte algún carácter o relación especial entre ellas, que de inmediato reconoce como característico de un concepto que ya está almacenado en su mente, de manera que se avanza una teoría que *explique* (es decir, que haga necesario) lo que resulta sorprendente en el fenómeno”. (Peirce, 1936: 776)

El propósito del presente artículo es examinar qué se puede considerar como prueba teniendo en cuenta las nociones de abducción y de paradigma indiciario.

Llamó Guinzburg “paradigma indiciario” a un modelo epistemológico que tiene todos los atributos del razonamiento abductivo de Peirce y que consiste en otorgar relevancia a detalles minúsculos y aparentemente insignificantes. Cuenta Guinzburg que entre 1874 y 1876, Giovanni Morelli proponía un nuevo método para la atribución correcta de las viejas pinturas de los viejos maestros. Para conseguirlo, decía Morelli, hay que abandonar el método habitual de buscar las características más obvias de las pinturas, ya que éstas son las más fáciles de imitar. Hay que concentrarse, en cambio, en los detalles menores, especialmente en los menos significativos del estilo típico de la escuela del pintor: los lóbulos de las orejas, las uñas, la forma de los dedos de las manos y de los pies. El italiano Enrico Castelnovo trazó un paralelo entre los métodos de clasificación de Morelli y los atribuidos, años más tarde, por Arthur Conan Doyle a su personaje de ficción, Sherlock Holmes. La comparación entre el especialista en arte y el detective no es ociosa, en cuanto que ambos se dedican a descubrir a partir de indicios no observados por nadie más, el autor de un delito, en un caso, y de una pintura, en el otro. Son innumerables y bien conocidos los ejemplos de la habilidad de Sherlock Holmes para interpretar unas pisadas, las cenizas de un cigarrillo, y cosas parecidas.

Este paradigma indiciario de Guinzburg que se emparenta con el razonamiento abductivo de Pierce, puede rastrearse, según la tesis desarrollada por Nancy Harrowitz, en la obra de Poe, como ya fue señalado. Estos actos, dice Harrowitz son “el término mediador entre el mundo de la mente del narrador y el mundo físico donde habita. Raciocinio y abducción son parte integrante del mismo fenómeno. Sirven para poner orden -o por lo menos una apariencia- en el caos de lo hiperreal de Poe (...) sirven al narrador para defenderse de una locura que no cesa de amenazarle” (Harrowitz, 1989: 241-264)

Señala Harrowitz que Poe y Peirce comparten preocupaciones similares, son investigaciones acerca del método de la mente, de la definición de razón, de qué hay más allá de la razón, de la topología de los confines del instinto, de cómo se adquieren nuevos conocimientos, de la relación entre intuición y razón.

Comparten asimismo una doble actitud interesante ante estas cuestiones y el método abductivo, estructurado para confrontarlas. Por un lado hay un planteamiento del modelo a partir de la experiencia y de las leyes, y al mismo tiempo, como muestran Poe y Peirce, depende mucho de la intuición. En el tipo de preguntas que se plantean Poe y Peirce hay una tendencia muy directa al misticismo. Cuando los sueños proféticos y la intuición se incluyen en el reino de la experiencia a partir de la cual se genera nuevo conocimiento, las posibilidades epistemológicas se han ampliado. Guinzburg diría que es un punto de encuentro entre lo racional y lo irracional. (Id. Ibid. 262-263)

En el caso de Freud la tarea consiste en un minucioso examen de una realidad tal vez ínfima, para descubrir los rastros de hechos no experimentales. Cabe señalar que el mismo Freud ha advertido la necesidad de una prueba como garantía del nivel científico de su propia investigación.

### **1. “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci”**

En “El Moisés de Miguel Ángel”, Freud se refiere a Giovanni Morelli debido al interés que despertó en él el método que utilizaba Morelli para establecer si un cuadro no era una falsificación. Según este método no hay que basarse en las características más evidentes y por eso más fácilmente imitables de los cuadros. Según Freud, su método se halla estrechamente emparentado con la técnica del psicoanálisis médico. También éste es capaz de penetrar cosas secretas y ocultas basándose en elementos poco

apreciados o inadvertidos, de detritos o desperdicios de nuestra observación. (Freud, 1991)

Lo que interesa a Freud de los ensayos de Morelli es la postulación de un método interpretativo y también constructivo basado en lo secundario, en los datos marginales considerados reveladores.

En su escrito sobre Leonardo, Freud proporciona los pocos datos que existen de la juventud de Leonardo.. Nació en el año 1452 en Vinci. Su nacimiento fue ilegítimo. Su padre fue ser Piero da Vinci, notario y descendiente de una familia de agricultores. Su madre, de la que sólo sabemos que se llamaba Catalina y con quien pasó los primeros años de su vida, fue probablemente hija de labradores. Su padre se casó con Donna Albiera y como el matrimonio no tuvo hijos, Leonardo fue acogido en la casa paterna.

Para analizar la personalidad y la obra de Leonardo, Freud tomó como punto de partida un recuerdo de la infancia, recuerdo que a Freud le pareció más prudente considerar como una fantasía.

Leonardo cree recordar un buitre que, en tiempos en que él estaba aún en la cuna, llegó a su lado y le metió la punta de la cola en la boca. Freud, confrontando este dato con otros análogos que le son proporcionados en gran número por el análisis de enfermos se ve inducido a suponer una homosexualidad tan sólo psíquica o sublimada- y que fue señalada por otros los biógrafos de Leonardo.

Freud cita investigaciones en las que los homosexuales sometidos al análisis se descubre un intensísimo enlace infantil, de carácter erótico y olvidado después por el individuo, a un sujeto femenino, generalmente la madre; en lace provocado o favorecido por la excesiva ternura de la misma y apoyado también por un alejamiento del padre de la vida infantil del niño (como ocurrió en los primeros años de Leonardo)

Pero Freud reconoce que no es inevitable que bajo las mismas condiciones se desarrollen en todos los individuos las mismas disposiciones y señala que “hemos de reconocer aquí un margen de libertad que el psicoanálisis no puede determinar”. (Id. Ibid. 72)

Freud analiza también un pequeño detalle o indicio que le permite formular una hipótesis sobre la afectividad de Leonardo.

Leonardo ha anotado en su diario los gastos del tratamiento médico y del entierro de Catalina, su madre. En su inconsciente se hallaba Leonardo ligado a su madre como de niño lo estuvo, por una inclinación de matiz erótico. La represión ulterior de ese amor infantil no permitió que le fuera erigida una digna conmemoración; pero el conflicto neurótico tenía que hallar una exteriorización, y de este modo quedó anotada la cuenta pasando a la posteridad como un detalle incomprensible.

Debe observarse también que la idea del buitre se ubica en las de “goce bucal” que fue el primer goce del niño y cuya nostalgia conserva. ¿No sería también el motivo el que nos daría la clave del enigma que plantea a los observadores la sonrisa de la Gioconda, la boca de santa Ana, madre de la Virgen y la boca del hermoso joven casi seductor, Juan Bautista? De todas maneras, sobre este tema de la sonrisa, Freud opina que al conocer a la Gioconda, Leonardo haya recordado la sonrisa de su madre y que esto lo impulsara a repetir ese gesto en varias de sus obras.

Cohen y Nagel han hecho alusión en el ámbito de las ciencias sociales a un procedimiento que consiste en descifrar enigmas a partir de ciertos indicios, lo cual nos recuerda al modelo del paradigma indicial expuesto por Guinzburg. El procedimiento indicado por estos autores está indicado, tal como ellos señalan, por el modo de descifrar un criptograma que describe Poe en su cuento “El escarabajo de oro” que presenta notables semejanzas con el método utilizado por Champollion para descifrar la piedra roseta. (Cohen Nagel, 1968: 161-163) De similar modo, parecería que la tarea del psicoanalista consiste en parte en seguir las huella, resolver enigmas, explicar misterios; devolver el caos de los indicios a un mundo ordenado de construcciones coherentes.

## **2. “El delirio y los sueños en la ‘Gradiva’ de Jensen”**

A continuación se intentará desarrollar con mayor detención el concepto de construcción (noción que hasta ahora utilizamos sin definir) y qué puede ser considerado como prueba de una construcción.

El consabido propósito del trabajo analítico es promover en el paciente que cancele las represiones surgidas en su desarrollo temprano y las sustituya por nuevas reacciones correspondientes a su estado de madurez psíquica.

¿Qué clase de materiales permiten reconquistar los recuerdos perdidos? Ellos son: los sueños, los retoños de nociones de afecto sofocado, así como reacciones contra éstas, asociaciones libres, indicios en las acciones más importantes e ínfimas del paciente. Jensen en su relato va a hacer uso de estos recursos para que su personaje Roberto Hanold recupere su pasado mediante la labor terapéutica de Zoe, la Gradiva que Hanold imagina en sus delirios.

El analista tiene que colegir lo olvidado a partir de los indicios que esto ha dejado, tiene que construirlo.

Siguiendo la obra de Freud *Construcciones en el análisis*, Freud distingue entre “interpretación” y “construcción”. “Interpretación” se refiere a lo que emprende con un elemento singular del material: una ocurrencia, una operación fallida. Una “construcción”, en cambio, consiste, en que se le presente una pieza de su prehistoria olvidada, por ejemplo, “al nacer su hermano, su madre nunca volvió a consagrarse con exclusividad y su padre ganó un nuevo significado para usted”.

¿Qué garantías tenemos de que las construcciones sean correctas?

En primer lugar aclara Freud que el error es inofensivo, el paciente queda como no tocado. Creo que es una opinión que podría someterse a discusión ya que el efecto de una construcción errónea podría depender de las peculiaridades de cada paciente.

Frente a una construcción el paciente puede expresar un “sí” o un “no”. El “sí” puede indicar que reconoce la construcción como correcta, o que puede carecer de significado, o que le es cómoda para su resistencia a la verdad no descubierta. Luego de “no” del o la paciente en general, él o ella sólo será capaz de exteriorizar su aceptación cuando se haya enterado de la verdad íntegra.

Señala Freud que si bien las exteriorizaciones directas del paciente brindan pocos puntos de apoyo para saber si el analista está orientado recta o equivocadamente, existen variedades indirectas de corroboración, plenamente confiables. Por ejemplo, “No me parece” o “No se me pasaría nunca por la cabeza” Estas expresiones significan que el analista acertó con lo inconsciente. Cuando existen presiones de factores intensos que arrancan una reacción terapéutica negativa, como conciencia de culpa, masoquismo, hostilidad, frente al socorro del analista, si la construcción comunicada al paciente es

correcta empeoran sus síntomas y su estado general. Una confirmación igualmente valiosa, esta vez de expresión positiva es que el analizado responda con una asociación que incluya algo semejante o análogo al contenido de la construcción, tal como veremos que ocurre en el relato de Jensen.

Pero en última instancia la prueba de que las construcciones sobre una edad muy temprana de la que no hay recuerdo y que han tenido que ser construidas a partir de una serie de indicios, es que mediante su supuesto hallan solución los grandes y los pequeños problemas, así como las rarezas del historial clínico.

En el relato de Jensen, el arqueólogo Norberto Hanold tiene las primeras manifestaciones de su delirio al contemplar el bajorrelieve que representa a una muchacha de gracioso andar semejante al de Zoe, una amiga de la infancia cuya existencia ha quedado sepultada en su inconciente. Le da a la muchacha del bajorrelieve el nombre de Gradiva y la imagina de origen patricio y la sitúa en Pompeya. Llevado por su delirio viaja a Pompeya, enamorado de la estatua de Gradiva. Al llegar a Pompeya cree ver a Gradiva varias veces y entabla conversación con ella. Pero Gradiva no es otra que Zoe a quien quiso con infantil sentimiento pero que luego desdeñó, y que casualmente visitaba Pompeya.

Zoe advierte el delirio de Hanold. Su amor, del cual no lo creía capaz, es lo que reconoció en él mediante instancias del relato que van revelando ese sentimiento reprimido, a pesar de todos los disfraces del delirio. Al reconocer su amor por Zoe, el tratamiento psíquico a que Zoe había sometido a Hanold había ejercido su total efecto curativo, y el joven arqueólogo se sentía liberado por completo de su delirio.

El procedimiento que el poeta hace adoptar a Zoe para la curación de Hanold, muestra una total identidad, según Freud, con el tratamiento analítico. Zoe recupera los recuerdos reprimidos en Hanold de sus relaciones infantiles con ella. Ciertamente es que para Gradiva su posición con respecto al enfermo es más favorable para el éxito terapéutico que para el médico que carece de todo anterior conocimiento del sujeto. En el relato, Hanold actúa de manera semejante, como ya fue anticipado, a un paciente mediante una asociación de contenido semejante a una construcción, la corroborará. Así es que el mismo Hanold quien hace la interpretación del nombre de Gradiva y halla que es la traducción del apellido Zoe que es Bertrang y que podía debe su origen al hecho de haberse

singularizado en los tiempos antiguos las ascendientes femeninas de Zoe por un bello modo de andar.

En este momento desaparecen ya los últimos restos del delirio, al ser descubiertas por completo las circunstancias que le dieron origen. Así, pues, el análisis trae consigo la curación.

### **3. ¿Qué tipo de prueba podría admitirse?**

Como conclusión de lo expuesto sobre “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci” y de “El delirio y los sueños en la ‘Gradiva’ de W. Jensen” se podría decir que los indicios contenidos en las palabras y los actos del analizado deben permitir a un sagaz analista componer construcciones coherentes que revelen los componentes anímicos reprimidos. La racionalidad de Freud tiene su centro en la forma inferencial que fue descrita por primera vez por Charles S. Peirce y que, como se señaló, denominó “abducción”. La abducción se basa en un hecho singular, que a veces se presenta como un enigma, como algo inexplicable: el observador postula entonces una hipótesis, es decir, da realidad a una idea preguntándose si es demostrable. Frente a un caso misterioso, la abducción puede describirse así: “ $x$  es extraordinario, sin embargo, si y fuera cierto,  $x$  ya no sería extraordinario, por tanto  $x$  es posiblemente cierto. (Peirce, 1988: 226) En palabras del propio Sherlock Holmes: “Es una vieja máxima mía que una vez excluido, lo imposible, lo que queda, por improbable que resulte, tiene que ser la verdad” (*Bery*) Este paradigma indiciario de Guinzburg que se emparenta con el razonamiento abductivo de Peirce, puede rastrearse, según la tesis desarrollada por Nancy Harrowitz, en la obra de Poe, donde encontramos numerosos actos abductivos.

Señala Harrowitz que Poe y Peirce comparten preocupaciones similares, son investigaciones acerca del método de la mente, de la definición de razón, de qué hay más allá de la razón, de la topología de los confines del instinto, de cómo se adquieren nuevos conocimientos, de la relación entre intuición y razón.

Comparten asimismo una doble actitud interesante ante estas cuestiones y el método abductivo, estructurado para confrontarlas. Por un lado hay un planteamiento del modelo a partir de la experiencia y de las leyes, y al mismo tiempo, como muestran Poe y Peirce, depende mucho de la intuición. En el tipo de preguntas que se plantean Poe y Peirce hay una tendencia muy directa al misticismo. Cuando los sueños proféticos y la intuición se

incluyen en el reino de la experiencia a partir de la cual se genera nuevo conocimiento, las posibilidades epistemológicas se han ampliado. Guinzburg diría que es un punto de encuentro entre lo racional y lo irracional. (Ibid. 262-263)

Respecto a lo que Freud toma como garantía de la corrección o no de una construcción podría objetarse como o ha hecho J. O. Wisdom que la respuesta del paciente frente a una construcción tendrá que ser interpretada según una hipótesis. Lo cual lleva a la necesidad de buscar una prueba independiente de esa hipótesis (Wilson, 1962). Esta importante observación podríamos tener como garantías para aceptar o rechazar una construcción los “sí” o los “no” del paciente, tal como Freud los expone en *Construcciones sobre el análisis* y tal como estos “sí” o estos “no” son interpretados por el analista. Podríamos creer que el trabajo de Freud estaría no probado o peor aún basado en una pseudocientífica noción de prueba.

Guinzburg distingue intuición alta e intuición baja. Esta última es la del razonamiento abductivo que “tiene sus raíces en lo sentidos (aunque va más allá de ellos), y como tal nada tiene que ver con la intuición extrasensorial de los varios irracionalismos de los siglos XIX y XX” (Guinzburg, 1989) Según Hoffman, esta intuición puede ser atribuida a un mecanismo de la mente que los analistas llaman preconiente, que recurre a cadenas asociativas operando mediante analogías metafóricas que combinan la intuición poética con la exactitud matemática, como en el caso de Dupin –escribe Hoffman- opera mediante asociaciones. Su método es más refinado, un mecanismo aparentemente más suprasensible que los procesos habituales de cálculo racional. Participa de lo irracional, y por consiguiente es la clase más alta de raciocinio, puesto que no es esclavo de sus propias premisas. Debemos recordar con respecto a que el hallazgo de contenidos reprimidos similares en distintas personas no autoriza, como indica Freud en “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci”, a predecir un idéntico desarrollo de la personalidad con necesidad. “Durante todo el tiempo que perseguimos el desarrollo desde su resultado final hacia atrás se nos depara un entramado de lagunas y consideramos nuestra intelección acabadamente satisfactoria, y quizá exhaustiva. Pero si emprendemos el camino inverso, si partimos de las premisas descubiertas por el análisis y procuramos perseguirlas hasta el resultado, se nos disipa por completo la impresión de un encadenamiento necesario, que no pudiera determinarse de ningún otro modo. Repararnos enseguida que podría haber resultado algo diverso y que a este otro resultado lo habríamos podido comprender y esclarecer igualmente bien. La síntesis no es, por tanto,

tan satisfactoria como el análisis; en otras palabras no estaríamos en condiciones de prever, conociendo las premisas, la naturaleza del resultado”. (Freud, 1980: 160) Por tal motivo se puede afirmar que la predicción no puede ayudarnos como método de “testeo” a partir de un cierto tipo de afirmaciones.

Peirce insistió en la falta de originalidad de la inducción contraponiendo a ésta el carácter creativo de las hipótesis generadas por abducción. Esto nos remite al carácter heurístico de la imaginación. Pero, por otra parte, todo detective o analista se ve obligado a formular hipótesis, es decir, a añadir “algo” a los hechos observados; por eso descubrimos que el fallo principal de un policía, sea el inspector Bardle en el caso de Holmes o de Lönnrot en “La muerte y la brújula” consiste en privilegiar las hipótesis interesantes sobre lo más cercano a una posible realidad. También el analista podría equivocarse más por el exceso de imaginación que por la falta de ella. En el caso de Holmes la abducción permite satisfacer sin ninguna contradicción, omisión o forzamiento la serie de elementos que constituyen el conjunto de pruebas circunstanciales.

Debe comprenderse que el problema de una inferencia correcta no debe separarse de un método adecuado para la recogida y evaluación de datos. Formular una buena hipótesis equivale a escoger un punto de partida firme. Básicamente las reconstrucciones de los detectives o de los analistas tienen buen resultado y soslayan lo arbitrario gracias a dos procedimientos: la elección de un punto de apoyo lo bastante sólido y la eliminación de hipótesis (en principio bastante numerosas) que son legitimadas por ese determinado punto de apoyo. Tanto la corroboración como la exclusión implica a menudo investigaciones ulteriores, que a su vez generan nuevas posibilidades explicativas. Pero sólo podrá determinarse la más plausible mediante nuevos datos. Es decir, se trata de confrontar la hipótesis ya formuladas con el nuevo o inexplicado hecho surgido posteriormente.

En estos casos la uniformidad, es decir, la posibilidad de dar una explicación gracias al conocimiento de casos precedentes no garantiza la certidumbre de las reconstrucciones, interpretaciones o construcciones. De todas maneras, la supremacía de lo singular, que parece característica de un paradigma indiciario, no implica la exclusión absoluta de regularidad. Al contrario, las regularidades constituyen el término medio del problema abductivo, al permitir una conexión entre dos hechos particulares. Sin embargo, no todas las interpretaciones o todas las construcciones pueden permitir el mismo grado de

generalidad. La función del razonamiento abductivo es buscar regularidades que resuelvan el enigma y su función no es sólo heurística sino, además, correctiva puesto se acepta la falsación de una hipótesis. De hecho, el detective tiene que adaptarse a su adversario, el analista, a su paciente, a las ambigüedades que pueden crear confusión. “Para orientarse en este mundo de síntomas inciertos, el médico necesita disponer de todos los recursos de una inteligencia tan polimorfa como proteico es su adversario”. (Detiene y Vernant, 1974)(apud Caprettini, 1989)

Para Freud la prueba más contundente de la corrección de las construcciones será la cura. En efecto, desde el punto de vista freudiano, tal como lo señala en un análisis de la Gradiva y en otros textos, la cura es la prueba de la corrección de la construcción. Freud mismo advierte al psicoanalista que para lograrlo deberá comunicarla al paciente cuando se cumplan las siguientes condiciones: en primer lugar, que el enfermo haya sido preparado y él mismo ya esté cerca de lo reprimido por él; y en segundo lugar, que su apego al médico (transferencia) haya llegado al punto en que el vínculo afectivo con él le imposibilite una nueva fuga. Y esto permitirá que los síntomas del paciente empiecen a ceder y comience a transitar el camino de la curación.

En este punto resulta interesante recordar que Guinzburg señala que el grupo de disciplinas indiciales (incluida la medicina) no encuentra un lugar en los criterios de cientificidad deducidos del paradigma galileano que implicaba el empleo de la matemática y del método experimental, que es a su vez, implicaban respectivamente la cuantificación y la reiterabilidad de los fenómenos. Mientras que las disciplinas indiciales excluyen la segunda y admiten la primera sólo con función auxiliar.

Se trata de disciplinas eminentemente cualitativas que tienen por objeto, situaciones y documentos individuales en cuanto individuales; y precisamente por eso alcanzan resultados que tienen un margen de insuprimible de aleatoriedad.

Tal vez el rigor con el de que Guinzburg caracteriza al paradigma galileano no sea solamente inalcanzable, sino también indeseable para las formas del saber que, como el psicoanálisis, están unidas a situaciones en que la unicidad de los datos resulta decisiva.

Además la ciencia actual asiste a su propia metamorfosis. La física tradicional pretendía establecer leyes universales. No dejaba resquicio para los sucesos inesperados. En función de esta valoración y del prestigio merecidamente ganado por la física, otras disciplinas

como las sociales encontraron serias dificultades para autodefinirse como ciencias. A partir de teorías contemporáneas como las referidas a la termodinámica, los aspectos cuánticos o el caos nos permitimos conjeturar que no es posible descartar el azar o la reversibilidad temporal (al menos desde un punto de vista teórico aunque no fáctico o inclusive fáctico)

Esta actitud enriquece a las disciplinas tradicionalmente consideradas científicas y abre una nueva perspectiva para las disciplinas epistemológicas tradicionalmente consideradas “débiles”. Se flexibilizan los límites entre las ciencias “duras” y las “blandas”.

### Referências bibliográficas

BORGES, J. L. “La muerte y la brújula” en *Obras completas*. Buenos Aires: Ed. Emecé, 1979.

COHEN Y NAGEL. *Introducción a la lógica y al método científico*. Buenos Aires: Amorrortu, 1968.

Detiene y Vernant (1974) citado por Caprettini, G. P., en “Peirce, Holmes, Popper”, en Eco U., Sebeok, T., *El signo de los tres*, Lumen, 1989..

ECO, H.; SEBEOK, T. A. (Eds.) *El signo de los tres: Dupin, Holme, Peirce*. Barcelona: Lumen, 1989.

FREUD, S. *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*. Buenos Aires: Amorrortu. Vol. 18, 1980.

FREUD, S. *Picoanálisis del arte*. Madrid: Ed. Alianza 1991.

GUINZBURG, C. “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales” en *El signo de los tres., Dupin, Holmes, Peirce*. Umberto Eco y Thomas A. Sebeok (Eds). Barcelona: Ed. Lumen, 1989.

GUITIÉRREZ, E. *Borges y los senderos de la filosofía*. Buenos Aires: GEA, 2001.

HARROWITZ, N. “El modelo policíaco: Charles Peirce y Edgar Allan Poe”, en Eco y Sebeok, (Eds). Barcelona: Lumen, 1989.

PEIRCE, C. S. *Lecciones sobre el pragmatismo*. Buenos Aires: Aguilar, 1988.

PEIRCE, C. S. *Collected Papers*. Harvard University Press, Cambridge: Mass. Vol.2, 1936..

POE, E. A. *The murders in the Rue Morgue, en Complete Tales and poems*. Ljubljana: Mladinska Knija, 1966.

POE, E. A. *The Purloined Letter*. Ljubljna: Mladinska Knija, 1966.

PIGLIA, R. *Clarín*. 30-09-1990.

WISDOM, J. O. “Puesta a prueba de una interpretación en el curso de una sesión”, en *Revista de psicoanálisis*, tomo XXVI, núm.2, abril-junio de 1962.